

PRÓLOGO

Tierras Altas de Escocia. En la actualidad.

—Tus compatriotas lucharon ahí —Sonia, que hasta hacía pocos momentos había estado inmersa en la lectura de un libro, dio un respingo al escuchar la voz gutural que acababa de hablarle.

Hacía días que se encontraba en Escocia viajando por el país como una turista más, en un autobús atestado de familias españolas que, constantemente, sacaban sus cámaras fotográficas y le gritaban a sus hijos, mientras señalaban un bonito paisaje al que inmortalizar, con sus flashes, para la posteridad. Por fin, hoy, se le había concedido un respiro a la locura que suponía soportar un viaje organizado que, si bien conseguía que vieras muchos lugares, te hacía acabar al borde del infarto a causa de lo rápido que era todo y lo pendiente que había que estar del reloj.

Tras haber acabado en junio la carrera universitaria de Filología Inglesa, con unos ahorrillos que tenía guardados para los apuros, había decidido visitar un país donde poder practicar el idioma y Escocia, le llamó la atención desde el primer momento en que la chica de la agencia de viajes le había puesto el folleto, con preciosas vistas de lagos y castillos, ante sus ojos. Sin pensarlo dos veces, pagó la reserva y se compró una guía del país con la que ponerse al tanto del lugar que visitaría y, días más tarde, emocionada, se embarcó en el vuelo que partía hacia su destino. Pero la agonía de no tener tiempo para ver con detenimiento cada monumento o valle que visitaban, le estaba haciendo perder la ilusión.

Por fin, a Dios gracias, esa mañana se les había concedido el día libre y, ni corta ni perezosa, Sonia compró unos sándwiches y una botella de vino, se colgó la mochila al hombro, y alquiló una bicicleta para disfrutar sola del maravilloso día soleado que se presentaba ante su vista. Tras una hora pedaleando, con las montañas Five Sisters de Kintail de fondo, había elegido una suave colina para extender la manta de cuadros escoceses que había comprado hacía unos días y, sacando el vino y la comida, se sentó a leer un buen libro hasta que aquella voz le asustó.

Sonia miró hacia el hombre que se había interpuesto entre ella y el sol.

—¿Perdón? —dijo entrecerrando los ojos.

—Digo, que tus compatriotas lucharon ahí —su brazo señalaba una cañada rodeada de colinas y un riachuelo frente a ella.

Observó el lugar indicado y volvió a mirar hacia el hombre que había interrumpido tan placentero día quien, a pesar de que rondaría los sesenta, parecía tener una gran firmeza en su nervudo cuerpo. Iba vestido con ropas oscuras que parecían las típicas de un pastor de ovejas, animales innumerables en aquellas tierras, y, a un costado, portaba una especie de zurrón de cuero gastado. Su pelo, blanco pero abundante, surgía bajo una boina escocesa tocada con una ramita de alguna planta que estaba enganchada a un lado. Sus ojos, pardos con tintes verdes, la escudriñaban insistentemente.

—Eres española, ¿verdad? —le preguntó en un castellano forzado al tiempo que señalaba el libro que, hasta hacía poco, Sonia leía.

—Conoces mi idioma —afirmó ella sonriéndole.

—Sí, un poco. Mi familia tiene antepasados que vinieron de tu país y es tradición que aprendamos el idioma desde que somos niños —luego, se quitó la boina y la estrujó entre sus grandes manos—. Pero, permita que me presente. Me llamo Ian Cameron.

Sonia le estrechó la mano diciéndole, a su vez, su nombre completo.

—¿Qué es eso que me ha dicho sobre mis compatriotas? —le preguntó intrigada.

—¿De verdad no conoces la historia de este lugar?

—No —contestó escuetamente Sonia.

Ian Cameron la miró y luego fijó la vista en la posición del sol.

—Creo que tendré tiempo —masculló—. Y si me invitas a tomar una copa de ese vino que estás tomando, te contaré la historia tal y cómo a mí me la han contado.

Dicho esto, se sentó sobre la manta, agarró la botella de vino con una mano y se la llevó a la boca tomándose un buen trago.

Tras limpiarse con la manga de su camisa, estiró su brazo y le señaló un punto frente a ellos.

—¿Ves ese estrecho corredor que asciende entre las colinas? —lo señaló hasta que Sonia asintió—. Por aquí lo llaman *Bealach-na-Spainnteach*.

—¿Qué significa? —preguntó interesada.

—Es gaélico. Se traduce como *El Paso de los Españoles*.

Y, acto seguido, comenzó a desgranar la historia mientras Sonia, con los ojos cerrados, se dejaba llevar a una época antigua arrullada por la voz gutural de aquel pastor escocés.

I

Madrid. España. Principios de 1719.

—Conozco al hombre adecuado, majestad —y con estas palabras, el cardenal Giulio Alberoni, tras realizar una profunda reverencia, salió de la cámara privada del Rey en el palacio del Buen Retiro donde, unos instantes atrás, acababa de mantener una reunión de carácter secreto, con el mismísimo Felipe V y James Butler, el duque de Ormonde.

Una vez fuera de la cámara, mientras recorría los pasillos que le conducían a la salida del palacio, Alberoni, con la satisfacción pintada en el rostro, cavilaba sobre los frutos de la reunión mantenida. Felipe, por fin, había aceptado su plan de un ataque contra su enemigo más inmediato: Inglaterra.

Durante los días previos, disuadido por el propio Ormonde de enfrentarse a los ingleses en un ataque directo, entre ambos habían elaborado un plan que, a pesar de su sencillez, podía resultar factible para sus aspiraciones. El duque, ferviente católico y enemigo declarado del país que regentaba Jorge I, se reunió con los seguidores jacobitas¹ en Francia y, desde ahí, cruzó disfrazado a España para reunirse con el cardenal. Gran Bretaña se encontraba, en esos momentos, inmersa en una lucha civil debido a la pretensión al trono de Jacobo III Estuardo, por un lado, y por las constantes revueltas de los clanes escoceses en el norte, por otro, que también simpatizaban con la causa del rey escocés destronado. Aprovechando esto, España podía dar un golpe definitivo a su enemigo, uniendo sus fuerzas a las de los jacobitas.

Cuando todos los detalles estuvieron ultimados, Alberoni había puesto en antecedentes al rey de España. Al principio, Felipe había sido reacio a tomar parte en una actuación de tal envergadura pero el cardenal, aprovechando el odio que sabía que el rey sentía por los ingleses tras la pérdida de territorios por el Tratado de Utrecht, lo animó a vengarse de sus más acérrimos enemigos en la lucha por la expansión por el

¹ Jacobitas: movimiento político que intentaba conseguir la restauración, en los tronos de Inglaterra y Escocia, de los miembros de la Casa Estuardo.

Mediterráneo. Tras la guerra de sucesión que enfrentó a Felipe con el archiduque Carlos, el Tratado obligaba a España a ceder el poder sobre muchos territorios que antes le pertenecían, como el Ducado de Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña e, incluso, Menorca y Gibraltar. El poderío sobre estas tierras pasó en esos momentos a manos de Inglaterra.

El rey Borbón nunca estuvo conforme con el Tratado, ya en 1717 había intentado una nueva expansión por el Mediterráneo llevando sus tropas hasta Cerdeña y, un año más tarde, hizo lo mismo en Sicilia. Allí, la flota inglesa les propinó un duro golpe y España declaró la guerra. Alberoni, entonces, sabiendo que el poderío inglés por mar era superior al de ellos, pensó que lo mejor era llevar la guerra hasta suelo británico. Con sus dotes de orador nato, consiguió, al final, convencer a su majestad de la viabilidad del plan que había trazado con Ormonde y concertó la reunión de la que acababa de salir.

Tras varias horas discutiendo los detalles que harían que España recuperara su hegemonía perdida, James Butler abandonó el conciliábulo alegando su deseo de comenzar cuanto antes con los preparativos de la empresa que iban a acometer. Con una reverencia cortés, se despidió del rey y su consejero dejando, a ambos hombres, sumidos en sus propias reflexiones.

Felipe, acomodado lánguidamente en un sillón frente a la chimenea, tomaba sorbos de su copa de vino mientras perdía la mirada en los leños lamidos por el fuego. Mientras, el cardenal aguardaba pacientemente las instrucciones del Borbón jugueteando nervioso con los dedos en los mapas que descansaban sobre una fina mesa de madera tallada.

La voz cavernosa del rey rompió el silencio de la estancia.

—Esperamos, por vuestro bien, que todo salga según lo previsto.

El cardenal tragó saliva. Sabía que Felipe no estaba muy contento últimamente con él por sus actuaciones políticas en todo el asunto de Inglaterra pero, esta vez, podía ver la victoria de su plan como si ya hubiera sucedido.

—No tenéis de que preocuparos, majestad, el plan no tiene fisura alguna —le respondió convencido de su sagacidad.

El rey volvió a quedarse en silencio durante unos minutos. Mientras, el cardenal aprovechaba esos momentos para limpiar de pelusillas su vestimenta roja a la espera de que Felipe terminara con la reunión.

—¿Estáis seguro, eminencia, de que podemos confiar en que los jacobitas se unirán a nuestra causa? —le preguntó.

—No lo dudéis, majestad. Ellos están más deseosos que nosotros de vencer a Jorge I y recuperar el trono para el Estuardo.

—Pero, ¿realmente podemos confiar en que sus acciones acaben concordando con las nuestras?

—Pondría la mano en el fuego —dijo Alberoni.

—Cuidado, eminencia, os podríais quemar —respondió cáustico el rey.

—Estoy convencido —aseguró el cardenal—, pero, por el bien de nuestros intereses, me encargaré de que estemos informados en todo momento de lo que ocurre.

Alberoni había aprendido durante los largos años inmerso en la política del gobierno, que había que contar con todos los recursos necesarios para estar preparado ante cualquier contingencia que pudiera surgir. Y, ahora, no iba a ser menos.

—¿Cómo? —preguntó Felipe volviendo la cabeza hacia él.

—Conozco al hombre adecuado, majestad.